

A VUELTAS CON LAS RELIGIONES

Una reflexión a propósito de las preguntas de dos alumnos y de las palabras del Papa Francisco a los jóvenes en Singapur

H. Francisco Javier Sáez de Maturana



La secularización galopante parece llenarlo o invadirlo todo. “¡La religión está en peligro!”, se oye decir. Pero ¿lo está, de verdad? Aunque más de uno no comparta lo que voy a decir, pienso que no es precisamente la religión la que se encuentra en peligro. ¿Por qué? Porque el anhelo de felicidad y de búsqueda de la trascendencia -religión viene de *re-ligare*- existe en todas las culturas y épocas desde el comienzo de la humanidad. Su práctica diaria ha hecho mucho bien cuando su vivencia ha sido honesta y transparente.

Pero, si bien la religión no está en peligro, hay una crisis, estrechamente vinculada a ella. ¿Dónde radica tal crisis? Modestamente afirmo que lo que está en crisis es la confesionalidad. No es lo mismo una cosa que otra. Confesionalidad tiene que ver con la manifestación externa del sentimiento religioso canalizado a través de una autoridad sagrada y jerárquica, unos ritos celebrativos, unas oraciones, y unas acciones que -en muchas ocasiones- no liberan al ser humano, que, en todo caso lo tranquilizan. Siguiendo el viejo refrán: No es el huevo lo que está en crisis, sino el fuero.

Si bien la confesionalidad se ha debilitado, no podemos negar que nuestra sociedad y todas las sociedades, salvo las de los países controlados por el radicalismo islámico, se han vuelto multirreligiosas. Algo impensable hace treinta años, en lo cotidiano, sea en el mercado, en el colegio, en la oficina, en la fábrica, en la universidad o en el bus, podemos encontrarnos con personas de diversas creencias. Es una realidad ya habitual. Pero, aquí viene la pregunta que se hacen muchos, y que me la han hecho en clase: ¿Todas las religiones son iguales?

La respuesta no es tan fácil. ¿Por qué? Porque si decimos que todas las religiones son iguales, se nos plantea a los cristianos un dilema descomunal y esencial: ¿Para qué sirve la evangelización, en sus múltiples áreas de acción? ¿Para qué la misión de una Iglesia en salida? Son cuestiones que ponen en juego el ser y el hacer del mismísimo cristianismo.

Pero la respuesta puede ser: “Las religiones no son iguales”. La interpretación de esta afirmación puede ser diversa. Veamos con calma este tema.



FRANCISCO Y LA CULTURA DEL ENCUENTRO

El Papa Francisco -como lo han hecho los Papas a partir del Concilio Vaticano II, con mayor o menor énfasis-, viene abogando por el diálogo interreligioso. Pero en él hay algo más, que marca su originalidad. Lo original de este Papa es que va más allá del diálogo, acción muy válida, pero que puede quedarse en algo demasiado racional. Bergoglio, sobre todo, busca un encuentro con las otras religiones. Esto implica mucho más que el diálogo. No es solo intercambio de ideas, de forma serena e incluso cordial, sino que se trata de una forma real de acercamiento y de vinculación.

Francisco es sumamente activo en este campo desde antes de ser obispo de Roma. Pero en su reciente viaje al sudeste asiático, ha dado pasos adelante. Con motivo de esta gira apostólica, invité a mis alumnos de 5 año de Secundaria a buscar en internet todo lo relacionado con la noticia y,

particularmente, que escucharan -por medio de algún vídeo- lo que el Papa dijo a los jóvenes en Singapur. Todo fue una coincidencia feliz, pues, justamente, aquel día iniciábamos nuestro estudio sobre las grandes religiones.

En la siguiente clase, uno de los chicos, sin más preámbulos, levantó la mano y me preguntó: “¿Todas las religiones son iguales?”. No era una pregunta inapropiada y fuera de lugar, pues estábamos en el tema.

¿Por qué esa pregunta y en aquel momento? Resulta que -como él mismo explicó- había entrado en *youtube* y se encontró con un vídeo en el que se hablaba de que el Papa defendía la igualdad de todas las religiones, y el comentarista decía que el mismo Santo Padre había dicho literalmente que “todas las religiones son iguales”, en tono afirmativo. Tales palabras estaban equivocadas, y yo no podía aceptar que el Papa hubiera dicho semejante cosa. Hablamos sobre el tema, y me comprometí a indagar sobre el asunto.

Las palabras de aquel muchacho eran una llamada de alerta para mí. Dos días después, un alumno de cuarto de Teología me dijo: “¿Qué le parece que el Papa haya dicho que todas las religiones son iguales?”. La intervención del primer muchacho encendió en mí la necesidad de profundizar en el tema; la del joven estudiante de Teología, me confirmó en lo que debía hacer sin más demora.

No podía obviar ninguna de aquellas palabras, pues estoy convencido que dejar de lado lo que a los chicos -y a cualquier persona- les interesa sinceramente, lleva a que deje de interesarles lo que queramos compartir con ellos en otra circunstancia. Es un principio educativo y pastoral básico. Me sumergí, pues, en internet y, efectivamente, me encontré, no con una sino con varias páginas -todas conocidas- que cuestionaban a Francisco tergiversando sus palabras sobre el asunto, y diciendo que había dicho lo que no era verdad.

La razón de esta reflexión es, pues, dar una respuesta -y algo más- a las preguntas en cuestión. Ojalá sea útil el contenido que sigue, para quienes las lean, particularmente educadores y agentes pastorales.



¿QUÉ DIJO EL PAPA?

El Papa, “obsesionado” -que nadie mal interprete la palabra, pues la he entrecomillado- por el encuentro entre todos, por la fraternidad universal de los hijos e hijas de Dios, y, de manera específica, entre los miembros de todas las religiones, aconsejó a los jóvenes a que evitaran discutir sobre su religión, afirmando que todas las religiones son un

camino para llegar a Dios. Esta postura no implica una renuncia a las enseñanzas cristianas, sino un llamado a construir puentes en lugar de muros.

Estas fueron sus palabras textuales:

Esto es muy importante porque si empiezan a discutir: 'Mi religión es más importante que la tuya...' 'La mía es verdadera, la tuya no es verdadera...', ¿a dónde lleva esto? Todas las religiones son un camino para llegar a Dios (...) Y como Dios es Dios para todos, todos somos hijos de Dios (...) Hay muchos debates sobre el diálogo interreligioso... no siempre exitosos. Sin embargo, lo que derriba muros y acorta distancias no son tanto las palabras, los ideales y las teorías, sino, sobre todo, la práctica humana de la amistad, del encuentro, del mirarse a los ojos.



¿Quién de nosotros, cristianos, dejaría de suscribir estas palabras? Creo que ninguno. ¿Ha dicho Francisco que todas las religiones son iguales?

Leamos bien. No ha dicho eso, aunque ciertos medios digitales se han esforzado por afirmarlo, confundiendo a más de uno.



EN EL CORAZÓN DE LA PREGUNTA

La pregunta sobre si son iguales todas las religiones no necesariamente es formulada por un sedevacantista, de esos que hablan mal del Papa Bergoglio de manera sistemática a través de las redes, olvidando que el chisme, la descalificación y la difamación -un bloque compacto y siempre unido-, proceden de un corazón no evangélico y en proceso de putrefacción, y ¡son pecado!

Esa pregunta puede proceder de un católico honesto y sincero, que siente dentro de sí mismo la tensión entre el respeto por las creencias de los demás, y la convicción cristiana de que solo en Jesucristo, Hijo y Hermano, se encuentra la plenitud de la verdad y la salvación. Este católico -que podemos ser cualquiera-, se pregunta: Si todas las religiones son iguales, ¿qué pasa con Jesucristo

Salvador? ¿Qué sentido tiene su vida entregada, al servicio del Reino? ¿Para qué sirvió su condena y ejecución en una cruz como un blasfemo y subversivo, expulsado fuera de las murallas de Jerusalén? ¿Qué pasa con la resurrección?

Hay un documento del Concilio Vaticano II, poco conocido por los cristianos católicos: se trata de la Declaración *Nostra Aetate*, “sobre las relaciones de la iglesia con las religiones no cristianas”. En esta Declaración, la Iglesia reafirma su respeto hacia otras religiones no cristianas, reconociendo que en ellas hay destellos de la verdad que ilumina a toda la humanidad. Las religiones -se entiende, las “serias”, o sea, las que respetan a la persona, buscan el bien y late en ellas el buen corazón- ofrecen respuestas a preguntas profundas sobre el sentido de la vida, el bien y el mal, el sufrimiento y el misterio de nuestra existencia.



¿El reconocer que en otras religiones hay destellos de verdad y que pueden responder a preguntas vitales, significa que puedo hacerme una religión a mi medida, tomando de aquí y de allá, según mi conveniencia? Pues no. El diálogo interreligioso, y más el encuentro entre religiones, no significa un sincretismo o la afirmación de que todas las religiones son iguales, por ejemplo, en su contenido doctrinal. La Iglesia apuesta por el diálogo y, más todavía, por el encuentro. Pero todo ha de hacerse con prudencia y caridad. Siempre y en todo momento, se va abriendo más y más buscando el acercamiento respetuoso, pero sin ocultar las diferencias con otras religiones, y -esto es muy importante- sin abandonar la verdad que ha recibido en Jesús, el Cristo de Dios.



EVANGELIZACIÓN: PROPONER, NO IMPONER

En el centro de la misión cristiana está el mandato de Jesús de “vayan y hagan discípulos a todas las gentes” (Mt 28,19). En la Iglesia creemos que Jesucristo es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). Y, si lo que decimos creer es una verdadera convicción que envuelve nuestra vida, hemos de ser coherentes y, por tanto, no podemos dejar de proclamar lo que sustenta nuestras vidas, con palabras y

obras, esto es, Jesucristo y su Buena Noticia de salvación: es en él en quien -para nosotros- se encuentra la plenitud de la revelación divina.

Anuncio, sí, a tiempo y a destiempo, pero todo hemos de hacerlo, cada uno a su modo y según el carisma recibido del Espíritu, y no imponiendo, sino proponiendo. Las ridículas alusiones a la autoridad -todavía se les escapan a algunos, porque no se pueden desprender de ellas, ya que se han llegado a mimetizar con el puesto que ocupan-, carentes de Evangelio, quedan fuera de lugar. Donde hay Evangelio, hay humildad, ofrecimiento cordial, de corazón a corazón.

El Evangelio florece en el *humus*, no en el hormigón; siempre con la mano tendida, y nunca por “orden y mando”; Jesús solo dio órdenes tajantes, exigiendo obediencia, y sin posibilidad de discusión, a los demonios. No debería ser olvidado. En las diferentes áreas de la evangelización, donde prestamos nuestro servicio, hacemos una propuesta libre, desde el amor y el respeto.

Ya lo dijo san Pablo VI, en *Evangelii nuntiandi*:

El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan, es porque dan testimonio (EN 41).

Francisco ha dicho:

En la evangelización el ejemplo de vida cristiana y el anuncio de Cristo van juntos; uno sirve al otro. Son dos pulmones con los que debe respirar toda comunidad para ser misionera. Este testimonio completo, coherente y gozoso de Cristo será ciertamente la fuerza de atracción para el crecimiento de la Iglesia incluso en el tercer milenio.

Si no hay testimonio coherente y visible de lo que decimos creer, las palabras están de sobra. Una vida contraria a la verdad del Evangelio, aunque apele a la autoridad que dice ostentar, porque otros se la han dado, hace mucho daño.

Los discípulos de Jesús -seamos laicos, religiosos, presbíteros u obispos- estamos llamados a vivir nuestra fe de manera tan plena y visible que otros puedan ver en nosotros unas vidas transformadas por Jesús y su Espíritu. No olvidemos nunca que, como queda patente en el Evangelio, la fe se ve (cf. Mc 2,1-12).

Por tanto, evangelizar, anunciar a Jesucristo Salvador, no es imponer un credo, sino mostrar con la vida lo que significa seguir a Jesús, el Cristo. La Iglesia no rechaza lo verdadero y santo que hay en otras religiones, pero sí propone que la plenitud de la verdad y la salvación se encuentran en Jesucristo.

¿HAY SALVACIÓN FUERA DE LA IGLESIA CATÓLICA?

“Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2,4). Es una verdad emocionante, preciosa y una de las enseñanzas clave de nuestra Iglesia. Sí, Dios quiere la salvación de todos y cada uno de los seres humanos que vienen al mundo. Y quiere esa salvación de verdad, como corresponde a un Dios que, necesariamente bueno, se complace en la felicidad de sus criaturas. Sólo el mismo ser humano, por una decisión de su libre voluntad personal, puede oponerse a ese designio salvífico.

Pero ¿qué pasa con aquellos que no conocen a Jesús, el Cristo? Vamos a tratar de responder a esta importante pregunta.

Hasta el siglo XX, estaba todo súper claro. Un axioma permaneció durante siglos y siglos, como si de un dogma de fe se tratara; era el siguiente: *Extra ecclesiam nulla salus*, “fuera de la Iglesia no hay salvación”. La necesidad de la Iglesia en relación con la salvación era absoluta.

Y ¿a quién se le ocurrió semejante axioma? Parece que el padre del axioma fue san Cipriano, elegido obispo de Cartago por aclamación del pueblo, y que fue decapitado a causa de la fe el año 258.

¿A qué suena esa frase, que aparece con frecuencia en los escritos de Cipriano de Cartago: se trata de una afirmación tajante o más bien de una amenaza? Parece que puede ser leída a partir de las dos acepciones. ¿A quién iba dirigida? No iba dirigida a los no cristianos, esto es, a los paganos -como se ha pensado durante mucho tiempo-, sino a aquellos que abandonaban la comunidad eclesial, a los herejes y cismáticos, que rompían la comunión con los hermanos y formaban grupúsculos paralelos. A ellos se les advertía de que no es posible ser cristiano fuera de la comunidad eclesial.

Es bueno ir a las fuentes; por eso leemos en su obra *Sobre la unidad de la Iglesia católica*:

Quien ha abandonado la Iglesia de Cristo no tendrá parte en los premios de Cristo. Es un extraño, un profano, un enemigo. No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por madre. Si pudo salvarse alguien fuera del arca de Noé, también se salvará el que esté fuera de la Iglesia.

Posteriormente, los Concilios de Letrán y de Florencia, mal utilizarán el axioma afirmando que quienes están fuera de la Iglesia católica “irán al fuego eterno”. Desde entonces proviene el error a la hora de entender el axioma.

Actualmente, la teología y los documentos del Magisterio han recuperado el sentido primitivo de la fórmula. Así el *Catecismo de la Iglesia Católica* (nn. 846-848) dice que la fórmula “significa que toda salvación viene de Cristo-Cabeza por la Iglesia que es su cuerpo”. Y añade: “esta afirmación no se refiere a los que sin culpa suya no conocen a Cristo y a su Iglesia”. Para la Iglesia católica, quienes siguen su conciencia sincera, buscando el bien y actuando con amor, pueden alcanzar la salvación, aunque no hayan conocido explícitamente a Jesús, pueden salvarse.

En la parábola del Juicio Final (Mt 25,31-46), Jesús dice a los que se salvan: “Vengan, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me dieron de comer...”. Y ellos le responden: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento y te asistimos?”. Jesús les contesta: “Cuando lo hicieron con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron”. Esta parábola muestra que el amor y la misericordia, expresados en obras concretas, son caminos

hacia la salvación, incluso para aquellos que no han conocido a Cristo. ¿Habrás sorpresas el día del juicio final? Seremos examinados por nuestro amor al que me aproximo, o sea, mi prójimo.

No lo olvidemos: La

Iglesia enseña que la salvación proviene de Cristo, pero también reconoce que aquellos que, sin culpa, no conocen el Evangelio, pero buscan a Dios sinceramente y siguen su conciencia, pueden alcanzar la salvación eterna. Este es un signo de la infinita misericordia de Dios.



¿PARA QUÉ LA MISIÓN?

Los evangelios ratifican que las últimas palabras del Resucitado a los suyos se refieren al mandato misional: “Vayan y hagan discípulos...” (Mt 28,19-20). “Vayan por todo el mundo y proclamen la buena nueva a toda la creación...” (Mc 16,15). “Ellos salieron a predicar por todas partes” (Mc 16,20).

La misión es poner por obra el mandato de Jesús y es exigencia de la catolicidad, del hecho que la

Iglesia ha sido enviada por su fundamento y origen, Jesús, a todos los pueblos.

Lo propio de la Iglesia es vivir según la voluntad de Dios, y esta no es otra que la salvación de todos, y que todos lleguen al conocimiento pleno de la verdad (1 Tim 2,4).



Hay que dejar muy claro que la misión y el testimonio no son un añadido o algo opcional al hecho de ser cristiano: No se puede ser cristiano católico y no ser misionero: “Ay de mí si no predico el Evangelio” (1 Cor 9,16). Y eso no les corresponde solo a los curas y monjas. La advertencia “ay” debe ser asumida por todos los bautizados.

La Iglesia está en el mundo, para el mundo, al servicio de la edificación del Reino de Dios. Su quehacer es servir a las personas y compartir con ellas la alegría del descubrimiento de Cristo, buena noticia de salvación para todo el género humano.

Pero ha de quedar claro que la efectividad de la salvación no está condicionada por el éxito de la misión de la Iglesia. Jesús sí puede hacer más que la Iglesia. Es él quien salva. Quien salva es Jesucristo, no condicionado por las dificultades que impiden reconocerlo como mediador de la salvación. La Iglesia no salva por sí misma, Como hemos visto, es sólo es signo de la salvación. Ahora bien, como signo, es signo eficaz, esto es, por mediación de ella, Jesús “causa” lo que ella “significa”, sin que el actuar salvífico de Dios se agote en ella. Que no todos estén bautizados no impide su salvación. Al respecto, decía san Pablo VI, en *Evangelii Nuntiandi*:

Los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no anunciamos el Evangelio; pero ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo o por vergüenza o por falsas ideas dejamos de anunciarlo? (EN 80).

La imagen tradicional de la Iglesia como Madre, nunca negada ni siquiera por los Reformadores protestantes, hay que verla en clave de misión: La Iglesia anuncia y transmite la fe, como una madre que engendra nuevos hijos y los nutre con su fe

vivificadora. ¡La Iglesia en salida evangelizadora es misionera porque es Madre!

¿Puede una madre desentenderse de sus hijos?
¿Puede una madre flojear ante la misión que tiene de cara a sus hijos?



LA IGLESIA ES NECESARIA PARA LA SALVACIÓN

Hoy la teología y el Magisterio reconocen abiertamente que es posible la salvación para aquellos que no pertenecen visiblemente a la Iglesia. Entonces, ¿no es necesaria la Iglesia para la salvación?

Como bien dice M. Gelabert, el problema de la necesidad de la Iglesia debe enfocarse desde una nueva perspectiva. El Concilio Vaticano II, más que lugar o causa de salvación, considera a la Iglesia como sacramento de salvación. ¿Por qué “sacramento”? Porque un “sacramento” es signo visible de la gracia invisible. Y la Iglesia al ser “como un sacramento” -este matiz es importante, porque la Iglesia no es el octavo sacramento, sino “como” un sacramento-, es signo que señala aquello a lo que todos aspiran: la perfecta unión y reconciliación de Dios y los seres humanos, y de los hombres entre sí. ¡No es un privilegio sino una enorme responsabilidad! No lo pasemos de largo, por favor. Leamos lo anterior con detenimiento.

Y, además, es como un sacramento porque, además de signo, es instrumento, que anticipa y realiza eso que significa, conduciendo a sus fieles por el buen camino del Evangelio, que es el camino que lleva a la vida.

La Iglesia -y nosotros en ella- tiene, como he dicho más arriba, una enorme responsabilidad: le toca señalar y manifestar la voluntad amorosa de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para los hombres, y nunca ponerle límites. Así, la Iglesia es “germen seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano” (*Lumen Gentium*, 9). Si es germen de todo eso: ¡Debe serlo!

Por tanto, la Iglesia es necesaria para la salvación porque necesitamos signos y testigos, porque es necesario señalar en lo concreto de nuestro mundo la posibilidad de una unión real con Dios y la posibilidad de que los seres humanos, a pesar de sus diferencias, puedan vivir como hermanos. El mundo, aún sin saberlo, necesita a la Iglesia. Dios la necesita para hacerse hoy presente en el mundo. ¿Pudo hacerse presente Dios por otros medios? Por supuesto que sí. Dios es más que la Iglesia. Pero la Iglesia es un instrumento privilegiado mediante el cual él se manifiesta. ¡Impresionante responsabilidad para la Iglesia: Ser presencia de Dios en el mundo!

Por otra parte, la Iglesia es necesaria porque la fe no se puede vivir en solitario. Los creyentes necesitamos un lugar donde poder compartir lo que esperamos, un espacio donde anticiparlo. Los hermanos nos apoyamos y nos garantizamos unos a otros que eso que vivimos no es una manía personal, porque otros también lo viven; unos a otros nos damos seguridad de la fe. ¡Nos necesitamos todos, todos, todos!

Finalmente, la Iglesia es necesaria porque, a pesar de su pecado –*casta meretrix*, casta prostituta, decían los Santos Padres--, de sus múltiples deficiencias, ha transmitido la Palabra de Dios de generación en generación. Una Palabra que interpela y critica a la propia Iglesia, y, por eso, muchas veces la Iglesia pretende domesticarla, sin lograrlo. Sin la Iglesia, la Palabra no hubiera llegado hasta nosotros.

En la Iglesia hay mucho pecado -que ha aflorado explosivamente en los últimos tiempos, particularmente con los crímenes de los abusos de poder, de conciencia y sexuales-, pero también florece la santidad, a veces como reacción a tanto pecado. En la Iglesia hay mucha ambición de poder, demasiado deseo de poder camuflado bajo las apariencias del servicio y en cada día más absurdas justificaciones, pero también hay entrega y generosidad. Sabiendo de tanto tejemaneje -todos bendecidos, oleados y sacramentados- cuesta aceptar en la fe que el Espíritu es el que conduce y anima... Cuesta, pero él está. A pesar de todo: ¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...!

Como alguien ha dicho: En la Iglesia hay que sentirse a gusto por lo que ella significa, no por su modo de ser: nos sentimos bien en ella, que es una Madre con muchas arrugas que, unas veces queriendo y otras a su pesar, guarda y transmite el tesoro de la Palabra de Dios.

Estamos contentos en la Iglesia porque es la señal visible del amor incondicional de Dios a esta humanidad total -aunque no sea fácil visibilizarlo muchas veces-, amor revelado en Jesucristo, y que busca no excluir a nadie, ni de fuera ni de dentro. ¡Que nunca excluyamos en nombre de Jesús, por ser de otra religión o creencia -por no ser de los nuestros-, pues, si lo hiciéramos, iríamos en contra absoluta del Evangelio!



LA SINGULARIDAD DE JESUCRISTO

La Iglesia respeta, dialoga y busca el encuentro con otras religiones, pero ella sostiene con convicción que Jesucristo es el único mediador entre Dios y

los hombres. Las demás religiones pueden contener "semillas del Verbo", es decir, verdades parciales que reflejan, de alguna manera, la plenitud de la verdad que solo se encuentra en Jesús, el Cristo. Como lo expresó san Juan Pablo II en su libro *Cruzando el Umbral de la Esperanza* y en su encíclica *Redemptoris Missio*, las religiones son intentos del hombre por llegar a Dios, son mediaciones parciales; pero en Jesucristo es Dios quien se ha revelado al hombre.

Jesucristo es el único que puede mediar porque participa de los dos extremos de aquello que une, al ser verdadero Dios y verdadero hombre. Jesús no es un mediador que se encuentra en una posición intermedia entre dos polos, Dios y el ser humano. Su mediación es englobante: él se posiciona desde el último grado de humillación humana -por amor- hasta el más alto grado de la gloria divina.



NOS SALVA POR SU VIDA ENTREGADA

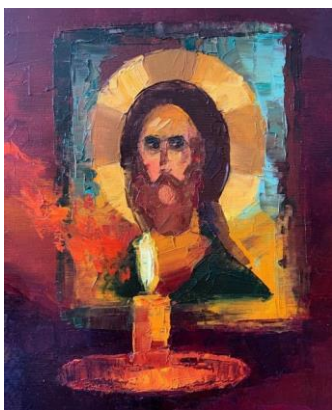
Jesús, el Cristo, no es solo un maestro moral o un profeta más. Es Dios encarnado. Solemos decir que Jesús nos salva por su muerte. Es verdad, pero yo añadiría algo fundamental: no nos salva solo por su muerte sino por su vida entera, su predicación del Reino, sus obras y signos del Reino, su muerte, y, sobre todo, su resurrección y el envío del Espíritu Santo.

En cada momento de su vida, en su muerte por puro amor y en su resurrección, se manifiesta la actuación amorosa y salvadora de Dios con todos los seres humanos.

Pero ¿qué sentido salvífico tiene la muerte de Jesús? Cuando decimos que esta muerte es salvífica, que salva, no es por razones mágicas.

La Escritura, utilizando imágenes propias del momento cultural en que se escribe y de la teología del Antiguo Testamento que conocían y comprendían los primeros cristianos, dice que hemos sido salvados por la sangre de su cruz.

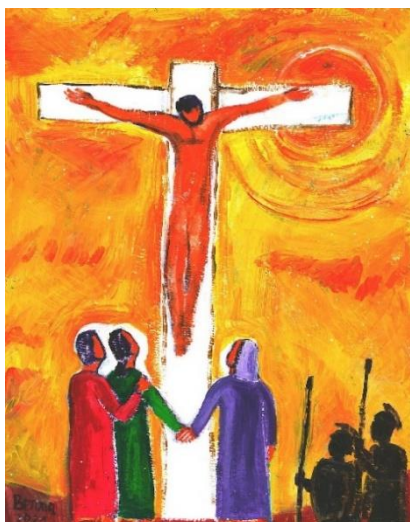
No, no es un canto al dolorismo; tampoco es un ensalzamiento de la crueldad como camino de salvación. Decir que hemos sido salvados por la sangre de Cristo significa que hemos sido salvados por su vida entregada. La sangre es la vida. Pero esta vida entregada es la vida que nosotros, los seres humanos, le hemos arrebatado, aunque, por otra parte, él la entrega libremente.



SU MUERTE, ¿NO DEBERÍA CONDENARNOS?

Una pregunta, que se han hecho muchos, y que brota de todo lo anterior: ¿Cómo es que nos salva Jesús por su vida entregada, cuando en realidad su muerte debería condenarnos? ¿No es la muerte de Jesús el mayor pecado que pueda cometer el ser humano, por ser el rechazo del Mesías de Dios, la negación de la salvación que Dios ofrece?

Claro que esta muerte debería condenarnos. ¿Por qué? Porque ella no es el precio que Dios exige para sentirse satisfecho. ¡Jesús no vino a morir, sino a vivir y dar vida! ¡Qué barbaridad pensar que Dios se satisface con la terrible muerte de su Hijo! Es una barbaridad, pero lo más tremendo es que todavía muchos piensan así, y algunas oraciones de la Liturgia eucarística y de la Liturgia de la Horas rezuman esa teología falsa, que de cristiana no tiene nada, pero sigue vigente.



La muerte crucificada no es querida por Dios, en sí misma, sino, precisamente, es el rechazo de Dios en Jesús. Así de claro. ¿Cómo iba a agradar a Dios la muerte de su Hijo, cómo iba a complacerle el rechazo del Hijo por parte de los seres humanos?

Si la muerte de Jesús resulta salvífica es por el modo como asume Jesús mismo su muerte: lo que salva es el amor. Cuando los hombres rechazan al Hijo, y no se convierten, sorprendentemente el Hijo no sólo perdona a los que le matan, sino que les justifica, ofrece una razón al Padre para que les perdone: “No saben lo que hacen”. Viven en el engaño, creen que crucifican a un impostor. ¡Si supieran lo que hacen, no lo harían!

Y en este gesto de justificación -así es Dios-, el amor de Jesús se manifiesta como más fuerte que el mal del mundo, y su humanidad como más fuerte que la inhumanidad de los que le matan.

Este amor inmenso revela a Dios. Y Dios puede así convertir el gesto de rechazo en expiación por los mismos seres humanos que rechazan a Jesús.

No nos salva la muerte de Jesús. Pero ¿cómo va a salvar una muerte terrible, la de un ejecutado en cruz? No es su muerte, sin más, la que nos salva. Nos salva Jesús por su modo de morir: Haciendo realidad lo que hizo toda su vida, esto es, amar hasta el extremo. En la cruz se manifiesta, hasta más no poder, el amor de Jesús y el de Dios por el ser humano.

Ese amor nos salva porque, al contemplarlo y acogerlo, nos libera, nos abre horizontes, da sentido a nuestras vidas. No es, pues, cosa de saberes y de ortodoxia, sino de ojos limpios y acogida en el corazón.

LLAMADA A LA CONVERSIÓN

Y esta manifestación nos llama a la conversión. Jesús nos salva moviéndonos a la conversión, llamándonos de nuevo a la amistad con Dios, ayudándonos a volver a Dios, llevándonos a Dios. Y si seguimos igual, si no nos convertimos, sencillamente es que la acción salvadora de Jesús fracasa en nosotros, aunque vayamos todos los días a misa y se nos hace la boca agua rezando oraciones. Si nos cerramos, ¡ni Dios puede hacer nada!

Si yo amo -esto es conversión- estoy “ayudando” a que la salvación que viene de Dios en Jesús, el Cristo, se expanda y sea acogida. Ni tú ni yo salvamos. Pero sí podemos ayudar a que la salvación de Dios en Jesús sea reconocida y abrazada.

Y si Dios es amor y solo amor; por tanto, si Dios es autodonación absoluta en Jesús, “el hombre para los demás”, ¿será posible que sea reconocido bajo otros nombres y otras formas, más allá del cristianismo, sin renunciar para nada a la revelación de Dios, en Jesús? No podemos cerrar a Dios su voluntad de salvación para todos sus hijos.

Por último, una pregunta que me parece importante: El Nuevo Testamento es claro en el carácter exclusivo de la mediación de Jesús, pero, siendo esta una amorosa autodonación, ¿puede ser también excluyente? Si todo es cosa del Amor más grande, ¿cabe la exclusión de otros caminos de salvación?

Los cristianos miramos y seguimos a Jesús como encarnación plena de Dios, pero ¿necesitamos erigir a Jesús “en contra” de alguien o “por encima” de alguien? ¿No sería mejor ubicarlo “junto con” otros, como aquél que se hace próximo y hermano de todos, servidor que se arrodilla y lava los pies, y encarna así, a Dios, como amor sin medida?

Yves Congar dice que el cristiano no puede dejar de confesar la universalidad única de Cristo. Pero, por otro lado, insiste en que los cristianos ignoramos cómo se ejerce la acción universal de Cristo en este mundo o qué papel juegan las otras religiones. Para él, Cristo es el único director de orquesta en la sinfonía universal, pero, nosotros no conocemos más que nuestra propia melodía cristiana, que no la podemos identificar con Cristo. ¿Conocemos perfectamente si las otras melodías -religiones- se integran y cómo en la sinfonía final de Cristo? Pues no lo conocemos. Así es que, con alegría y claridad debemos proclamar que Jesucristo es el verdadero Salvador, pero no cerremos otros caminos que Dios, como buen Padre, puede abrir.



EL TESTIMONIO DE LOS MÁRTIRES

La historia cristiana está marcada por el testimonio de mártires que dieron su vida por la fe en Jesús, el Cristo, el Profeta Mártir, convencidos de que en él se encuentra la salvación. En América Latina tenemos ejemplos potentes de hombres y mujeres que, desde su fe, han dado su vida. Ninguno de ellos entregó su vida por una mera convicción personal, únicamente, sino por la verdad que encontraron en Jesús, el Cristo.

El sacrificio-entrega radical de los mártires nos recuerda que la fe cristiana no es solo una opción entre muchas, sino una respuesta a la revelación de Dios en Jesucristo, el único que puede ofrecer la plenitud de la vida eterna.



La sangre de los mártires, unida a la de Jesús, sirve para remover conciencias, inercias y convenciones, y, por eso mismo, nos salva, aunque siga, interminable, la batalla entre egoísmo y generosidad, odio y amor, opresión y justicia.



CONCLUSIÓN

En un mundo multirreligioso, el diálogo, el respeto y la búsqueda del encuentro son esenciales para una convivencia sana, pacífica y cordial. Con ello no se pretende la conversión del interlocutor a mi religión, sino una conversión más profunda de cada uno al Dios cada vez mayor, que conocemos en nuestras respectivas tradiciones religiosas. Por eso el auténtico diálogo y el verdadero encuentro se hacen desde la identidad y profundiza la identidad. La hondura religiosa es la que permite a los diferentes que nos encontremos sin miedos, sin sentirnos amenazados y en paz.

Los cristianos, en los espacios fraternos que se van abriendo, estamos llamados a anunciar con humildad y amor que en Jesucristo se encuentra la plenitud de la salvación. El testimonio de vida, el respeto por la conciencia de los demás y la propuesta del Evangelio son los pilares de una evangelización que no impone, sino que invita a descubrir el amor de Dios revelado en el Corazón de Cristo, a través de nuestras actitudes impregnadas de amor. Como dijo la Madre Teresa de Calcuta, "amo a todas las religiones, pero estoy enamorada de la mía".

Los educadores cristianos tenemos en este tema concreto una oportunidad para motivar a la reflexión sobre el hecho religioso -y sus expresiones variadas- y su importancia en la vida de todo ser humano a lo largo de la historia.

Cada cual verá cómo ha de responder a los desafíos de la realidad. Y no olvidemos que los interrogantes e inquietudes de nuestros alumnos han de ser abordados, pues, si no es así, lo que les propongamos como importante, no les interesará lo más mínimo, en este campo o en cualquiera.

Lima, 2 de octubre 2024